

so dulcísimo partirse de esta vida y ausentarse de su Esposa la Iglesia (porque esta ausencia no la fuese causa de olvido) dejola por memorial este Santísimo Sacramento, en que se quedaba Él mismo, no queriendo que entre Él y ella hubiese otra prenda que despertase su memoria sino Él. Quería también el Esposo en esta ausencia tan larga, dejar á su esposa compañía, porque no se quedase sola, y dejola la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar. Quería también entonces ir á padecer muerte por la Esposa y redimir-la y enriquecerla con el precio de su sangre. Y porque ella pudiese cuando quisiese gozar de este tesoro, la dejó las llaves de Él en este Sacramento... Deseaba, asimismo, este celestial Esposo ser amado de su Esposa con grande amor; y para esto ordenó este misterioso bocado, con tales palabras consagrado, que quien dignamente le recibe, luego es tocado y herido de este amor. Quería también asegurarla y darle prendas de aquella bienaventurada herencia de la gloria, para que, con la esperanza de este bien, pasase alegremente por todos los otros trabajos y asperezas de esta vida. Pues para que la Esposa tuviese segura y cierta la esperanza de este bien, dejóle acá en prendas este inefable tesoro, que vale tanto como todo lo que allá se espera; para que no desconfiase que se le daría Dios en la gloria, donde vivirá en espíritu; pues no se le negó en este valle de lágrimas, donde vivió en carne» (1).

Teniendo á Jesucristo Sacramentado en nuestro pecho, dice S. Ignacio, fundador de la ínclita Compañía de Jesús, podíamos decirle con todo fervor estas palabras: Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad; todo lo que tengo ó poseo, Vos, Señor, me lo disteis; todo os lo ofrezco y restituyo (2) y pongo en vuestras manos, para que hagáis de ello lo que os pluguiere. Dadme solamente vuestro amor y gracia y quedaré rico sin tener más que desear».

(1) Medit. para el Lunes.

(2) Lib. excer. spiritual.

«Estaos de buena gana con Jesús Sacramentado, prorrumpe extasiada de amor Santa Teresa de Jesús, fundadora de las Carmelitas descalzas, no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado. Mirad que esto es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía. Tened gran cuenta, Hijas, de no perderla si la obediencia no os mandare otra cosa: procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es, no os dejará de enseñar aunque no lo entendáis, que si luego lleváis el pensamiento á otra parte y no hacéis cosa ni tenéis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejéis sino de vos. Éste, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para que le oigamos y besemos los pies, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de nosotros. Si esto habéis de pedir mirando una imagen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma Persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería si tuviésemos un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese á ver, dejar de hablar con ella y tener toda la conversación con el retrato?...» (1).

S. Juan de la Cruz, reformador de la religión Carmelitana, hablando de que en la Comuni6n no debemos buscar el gusto material, sino el del espíritu, dice: «Hay algunos que en comulgando todo se les va en procurar algún sentimiento de gusto, más que en reverenciar y alabar en sí con humildad á Dios. Y de tal manera se apropian esto, que cuando no han sacado algún gusto ó sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada, juzgando muy bajamente de Dios, y no entendiendo que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento es el que toca al sentido, y que es mayor el invisible de la gracia que da: pues porque pongan en Él los ojos de la Fe, quita Dios muchas veces otros gustos y favores sensibles. Y así quieren sentir á Dios y gustarle como si fuere comprehensible y accesible no sólo

(1) Camino de perfec. cap. 34, n.º 8.

en este, mas también en los demás ejercicios espirituales. Todo lo cual es muy grande imperfección y muy contra la condición de Dios, que pide purísima fe».

II.—Amor de los Fundadores á Cristo Sacramentado

Hasta aquí hemos visto cuál sea la terminante doctrina de los santos Fundadores; réstanos ahora considerar el amor de los mismos bienaventurados hacia nuestro adorable Sacramento.

De S. Antonio Abad se refiere, que pedía con mucho fervor é instancia á los obispos y sacerdotes le bendijesen, sólo porque tocaban con sus venerandas manos al Santísimo Sacramento (1). S. Basilio Magno, doctor de la Iglesia y fundador de la Orden que lleva su nombre, tenía tan abrasados deseos de amor de Dios, en especial cuando tenía á Jesucristo presente en la Misa, que, estando una vez en éxtasis, le fué revelado que se le había concedido su petición; efecto de lo cual, y por especial privilegio del Altísimo, después de haber celebrado el Santo Sacrificio, bajó sobre él un grande resplandor, del que se apercibieron los concurrentes (2).

S. Juan de Mata, fundador de la orden de la Santísima Trinidad, fué compelido por sus superiores á recibir el sagrado Orden del presbiterado, pues de ningún modo quería ordenarse, por considerarlo superior á la dignidad de los mismos ángeles (3). Celebró la primer Misa con indecible reverencia y devoción, en la cual tuvo aquella célebre visión de que también participó el pontífice entonces reinante, Inocencio III. Consistió en que al levantar la sagrada Hostia, se le apareció un bellissimo ángel vestido con hábitos blanquísimos, ostentando en su pecho una cruz de dos colores, encarnado y azul, y llevando además á los lados dos cautivos, uno cristiano y sarraceno el otro.

De Nuestro Padre S. Francisco de Asís (4) sabemos ciertamente que jamás quiso ordenarse de sacerdote por el su-

(1) Bolandos, vida del Santo.

(2) P. Ribadeneira.

(3) Breviario rom, 8 Febrer.

(4) Vida del Santo.

mo respeto que tuvo á Jesús Sacramentado, considerándose indigno de tenerle en sus manos y distribuirle á los fieles.

Si alguna vehemente pasión sufría el Seráfico Fundador, era la del amor á Jesús Sacramentado. Jamás se cansaba de contemplarle. Pasaba la mayor parte del día arrodillado ante el altar del Tabernáculo, liquidándose su tierno corazón en las delicias que experimentaba con tan dulce compañía. Encontraba que las horas se deslizaban por instantes. No pudiendo comprender tanto amor y fervor, le preguntó cierta vez un caballero amigo suyo: «Padre, decidme como oráis, y qué hacéis tantas horas al pie del Tabernáculo». «Pues yo á mi vez te pregunto, repuso el santo; ¿qué es lo que hace el pobre á la puerta del rico, el enfermo á la del médico, el sediento junto á un manantial cristalino? Lo que ellos, hago yo delante del Sacramento; ruego, adoro y amo». *Ruego, adoro y amo*. He ahí consignada en tres palabras, la vida de S. Francisco de Asís, añade un erudito hijo suyo (1).

Como el amor no puede estar en reposo, el Seráfico fundador iba por las iglesias y si veía alguna mal compuesta, él mismo la limpiaba y componía. Llevábase consigo hostias para darlas gratuitamente á las iglesias pobres; hostias que él mismo confeccionaba, mediante un artístico molde que pudo alcanzar su industria (2).

Nuestro Padre Sto. Domingo de Guzmán, fundador del excelente Orden de Predicadores, no podía vivir sin la dulce compañía de Jesús Sacramentado. Pasaba las noches casi enteras arrodillado y con la frente pegada al suelo, delante del altar del Sacramento, y si alguna vez le oprimía el sueño, lleno de fortaleza, permanecía apoyado sobre el altar, ó también descansaba un poco reclinado sobre una dura piedra (3). S. Cayetano, fundador de los Clérigos Regulares, tenía su larga oración de rodillas en el coro, por estar presente el Santísimo Sacramento. Ardía en celo por la Eu-

(1) P. Cherancé, Capuch.

(2) Conserváronse algunos de esos moldes como reliquias. Antes de la gran revolución aun existían algunos en el convento de Greccio.

(3) Breviar. Rom. Franc. 4 Agost. Lec. V.

caristía y trabajó incesantemente por lograr la frecuencia de este Sacramento, obteniendo copiosos frutos (1).

Es admirable y de todo punto indecible el amor de S. Pedro de Alcántara. Cuantas veces hablaba del divino Sacramento, ora en privado, ora en público, y cuando predicaba, salían sus palabras con tanto ardor, que á manera de chispas arrojadas de un volcán, encendían y abrasaban los corazones de los oyentes, y él mismo, destituído de todos sus sentidos y elevada su mente en el amante Señor que le robaba el corazón, quedaba suspenso en presencia de todos, anegándose entonces su alma en el piélago de las infinitas dulzuras. Tanto era el incendio que materialmente quemaba su pecho que, no pudiendo el santo contenerse por más tiempo dentro de su celda, debido á las angustias que el volcán divino le causaba, salía al campo para que el fresco ambiente refrigerase sus ardores. Allí desahogaba su bello corazón con fervorosos suspiros y tiernas exclamaciones. Sucedió cierto día, que, hallándose en la huerta liquidándose en el amor de Cristo Sacramentado, el Espíritu divino que en él operaba hizo que de repente se trasladase á la iglesia en la que enajenado de sí, satisfizo sus deseos (2).

S. Felipe Neri, fundador de la congregación del Oratorio, acostumbraba estar tres horas en la celebración del santo sacrificio de la Misa, debido á los raptos que padecía en ella. Aconteció cierto día, que, enviándole el Señor innumerables consuelos que no podía contener su corazón, se le rompieron dos costillas, quedando después en tal estado patológico, que le era humanamente imposible el vivir, á no ser por el continuo milagro que Dios obraba (3).

Cuando estaba S. Ignacio de Loyola en presencia del Santísimo Sacramento, se inmutaba corporalmente, efecto de la firme persuasión que tenía en el dogma de la Eucaristía (4).

(1) Breviar. Rom. 7 Agosto Lec. 6.

(2) Brev. Rom. 24 Octubre, Lec. 4.

(3) Vida del Santo por el P. Ribadeneira.

(4) Vida del Santo por el P. Ribadeneira.

Cuéntase (1) del Beato Amadeo Lusitano, fundador que fué de la reforma que lleva su nombre, que en ocasión en que hacía fervorosa plegaria en la Iglesia de Bresanorio, pasando por allí al amanecer ciertos rústicos que salían á su trabajo, vieron con admiración que dicho templo ardía en vivas llamas, las cuales, trasluciéndose por las claraboyas y elevándose tan altas que parecía querían encender el cielo, formaban un portentoso contraste. Acompañaba á este prodigio estar el aire lleno de dulces melodías que regalaban el oído y consolaban los corazones. Movidos de novedades tan raras, más con el alborozo que con el susto, dieron aviso á los Religiosos, quienes, habiendo bajado á la Iglesia, quedaron sorprendidos al ver que el origen de las llamas no era otro que el Beato Amadeo, cuyo pecho convertido en hermosísima fragua y transformado en su amante Señor Sacramentado, no quedó capaz de evitar la curiosidad de los que atónitos le contemplaban. Al recibir S. Juan de Dios el Viático de manos del arzobispo de Granada, lo practicó con devoción y ternura tanta que no pudo menos de pegarla á los demás (2). El amor hacia Jesús Sacramentado hacía en S. Camilo de Lelis que todas las noches, después de haber dormido por el breve tiempo de cuatro horas, bajase al oratorio y perseverase en oración delante del Santísimo Sacramento; después solía visitar los enfermos y administrar los Sacramentos (2). Cuando el demonio tentaba horriblemente á Santa Teresa de Jesús, diciéndole que Dios era muy justo y que no le perdonaría sus pecados, ella, al punto se postraba ante Jesús Sacramentado y se quejaba amorosamente, diciéndole que no la desamparase en semejantes tribulaciones. Entonces el amoroso Señor la prodigaba indecibles consuelos, llegando una vez á decirla: «No estés fatigada, no hayas miedo, no te dejaré» (2).

En este divino Señor se engolfaba S. Alfonso M.^a de Ligorio, fundador de la congregación del Redentor, siendo el Sacramento el alivio de sus penas. Su amor ha quedado

(1) Croniq. serafic. part. 7, Lib. 2, cap. 18.

(2) De su respectiva biografía por Ribadeneira.

bien retratado en sus devotas obras, por lo que excuso hablar de él. Sólo diré que no pudiendo celebrar Misa en su ancianidad por motivo de sus graves dolencias, comulgaba sin embargo todos los días (1).

He aquí, pues, á los Santos Fundadores de las Órdenes Religiosas, con sus convincentes palabras apoyadas en la Fe, y con su ferviente amor á Cristo Sacramentado, originado únicamente de una gracia particular divina, ser un argumento solidísimo á favor del dogma Eucarístico.

(1) De su respectiva biografía por Ribadeneira.



CAPÍTULO VII

La Eucaristía, los Reyes y sus hazañas, debidas á este Sacramento

SUMARIO

- I.—El respeto de los monarcas á Jesús Sacramentado declara la creencia universal en este dogma.
- II.—Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron al Sacramento, demuestran la existencia de este Misterio.

Por mí reinan los reyes y los legisladores ordenan lo justo. Por mí mandan los príncipes y los poderosos decretan justicia» (1). He aquí la voz del Omnipotente que compendia en breves palabras la naturaleza del poder real, su objeto, su deber y sus aspiraciones. En efecto; siendo Dios el sumo Rey de lo existente y, habiendo concedido el universo á los hombres, necesario era que les dejara príncipes ó jueces en lo espiritual y temporal para que gobernasen las almas y los cuerpos respectivamente. Estos príncipes debían tomarse del mismo pueblo á fin de que, conociendo á fondo la naturaleza humana, obrasen con sus súbditos lo que desearan para sí y de ningún modo practicasen con ellos lo que para sí no apetecieran, ateniéndose en todos casos á la ley santa del Señor. Cierto es que todo cuerpo vivo ha de llevar firme cabeza; desvaneciéndose con esta sencilla idea los absurdos sistemas que hoy día pretenden introducir en las inteligencias muchos despreocupados, ignorantes ó malvados; por consiguiente, la sociedad, cuerpo vi-

(1) Prov. VIII, 15.